

claridad de un día de invierno. Los transeuntes producen, por su despreocupación, la idea de seres satisfechos. Las mamparas de los bares juegan con violencia al paso de los concurrentes. En los interiores, entre una espesa humareda, se siente el golpeteo de los «cachos» y el correr de los dados. En las veredas las mujeres jóvenes, enganchadas de los brazos, desfilan en una procesión. Jovencitos pequeños, con anchos hombros de sastrería, las siguen como falderillos». Nazaré que ha vivido la vida nocturna, nos entrega, como lo transcrito anteriormente, reales y bellos cuadros nocheriegos.

La acción de su novela es discontinua. Ha tomado la realidad y el subconsciente. Así se explica la desorientación que produce a veces. Pero cada trazo es una bella descripción, una inteligente mirada observadora. «Cien Mil Palabras» es la vida novelada de la ciudad. Jacobo Nazaré seguirá conservando su prestigio y se le ha de considerar por el fondo de su obra y por su dominio literario como uno de nuestros escritores de mayor relieve.—FRANCISCO SANTANA.

 <https://doi.org/10.29393/At179-14LLLD10014>

LA LLAMA, novela de *Lautaro Yankas*.—Nascimento. Santiago, 1939

Lautaro Yankas ha tratado de superarse en esta novela y es grato declarar que lo ha conseguido, aunque no en toda la amplitud y profundidad que deseamos para él en cuanto a escritor y para su obra de novelista, especialmente. Debemos sí, reconocer que este noble esfuerzo de superación ha sido coronado por el más completo éxito en lo que se refiere al estilo, pues ha logrado pulimentar su prosa, haciéndola a la vez más plástica, más rica en matices emocionales y con más poder de sugerencia dentro de la continuidad episódica del relato. Ha dejado también de lado una serie de frases, a las cuales durante

largo tiempo Yankas consideró verdaderos aciertos de expresión, como por ejemplo: «el hombre y la noche» ... «la tarde y el viento». Creía que de esta manera se evitaba una descripción, dando por medio de una frase que era como un llamado de atención, un aspecto del escenario o del ambiente que rodeaba a sus personajes. Afortunadamente el mismo Yankas ha visto su error, pues en esta novela no se vale de esta especie de letreros que, inopinadamente, ponían un lunar en sus bellas páginas, y narra ahora con soltura, con elegancia y con esa seguridad del hombre que conoce bien el valor de las palabras, y sabe dónde hay que ponerlas.

Yankas sabe además trazar finamente siluetas de mujeres que atraen, que interesan, que se ganan muy pronto la simpatía del lector. Lidia, sin condiciones de belleza física, tiene no obstante el encanto de su sencillez, de su angelical dulzura. Porque a sus labores de maestra les da todo el carácter de un apostolado que no reconoce sacrificios ni abnegaciones, cuando hay alguien a quien servir o una buena causa que defender. Sara, joven, vibrante, apasionada, es como un jilguero que derrama sus trinos, desde una rama bañada de sol y mecida por el viento. Se nos queda en la imaginación el perfume de sus veinte años, y su risa que es como una flor que se abre tocada por la mágica luz del amanecer. Silueta de mujer doblemente interesante cuando el amor, como una ráfaga alucinante, destella en sus pupilas.

Teresa también es otra mujer, cuya gracia y seducción cautivan al lector. Son mujeres que se ven, que andan, que sufren y se apasionan por un ideal, por un anhelo o por una inalcanzable quimera, a la cual se aferran con esa divina locura que suele ser camino de martirio.

Y bien, estas lindas mujeres, estas almas de selección, ¿corresponden a una realidad vista por el autor, o es nada más que el producto de su fértil imaginación? ¿Existe en el magisterio primario ese tipo de mujer fina, estudiosa e iluminada por

una fe y una ansiedad mesiánica que es en ella como una terrible herida? ¿Que sufre por el egoísmo de la sociedad en que vivimos y que sueña con una existencia más equitativa y más humana?

O es que Yankas, sugestionado por sus sueños de bienestar colectivo y de solidaridad humana, ha corporizado en esos espíritus femeninos toda su bella inquietud. Y decimos esto, porque la mujer chilena de la clase media, que es la que pinta Yankas en su novela, no tiene esa inquietud que el novelista ha situado en su corazón, como apremiante anhelo y en su alma como enseña ideal. La señorita profesora primaria chilena, creemos más bien que pasa preocupada de su traslado a una mejor situación, del aumento de sueldo y de la pedagogía. A la cuestión social le hacen su mueca de desdén, o bien de aburrimiento. Son cosas tan complicadas y comprometedoras...

Yankas en su novela, ha poetizado demasiado, movido seguramente por los propios sueños que agitan su mente. Y es sensible que a su vigorosa novela le haya quitado impulso, pasión, nervio y arrebató humano, para dárselos a las quimeras de redención social que poseen los personajes del libro. Pudieron también conciliarse ambas cosas, si a las angustias del amor y de los celos, que torturan el alma de sus personajes, se agrega el compromiso sagrado de una conjuración con todos sus peligros. Esto seguramente hubiera dado al relato mayor fuerza dramática y emotiva. Existe también en la novela de Yankas, pero es lo secundario. Lo otro es lo sagrado, el sacerdocio del ideal altísimo, la divina locura de sacrificarse por el prójimo, transformando a la sociedad egoísta y cruel de ahora por otra más generosa y amplia en la distribución de los bienes terrenales. Quimeras, quimeras y quimeras, mientras ese «homo sapiens» sea quien es. Creo que el error de Yankas, fué el de aferrarse porfiadamente a la divisa que tuvo por delante mientras escribió su obra y que está contenida en su dedicatoria:

«Dedico este libro a los que, en todos los climas, sueñan y luchan por un mundo mejor».

Esa dedicatoria lo obligó a quebrarle el espinazo espiritual a los personajes de su libro. Debíó acercarse más a ellos y entonces retratarlos con sus defectos, sus mezquindades y sus cualidades y grandezas. Y esta hermosa novela que es «La llama», escrita en un estilo tan gallardo y de fácil elegancia habría ganado mucho. Porque un novelista que pinta escenas amorosas con tan liviana gracia, como la que sigue, es sin duda capaz de eso y de mucho más:

«Fué ella quien apretó su boca a la de él.

«—Teresa, quiero besar tus piernas.

«Ella juntó instintivamente sus rodillas y lo miró como si delante se extendiera la bruma. El la besó en el empeine del pie primorosamente calzado y el beso volvió a encenderse en la pantorrilla, sobre las graciosas rodillas, en la tibieza del muslo.

«—No, Germán...

«De súbito la boca del hombre se apretó al seno pequeño, cuyo pezón lanceaba la tersura de la seda. Fué ella entonces la que rindió su voluntad, sin un leve intento de resistencia. Sin embargo, su rostro estaba erguido, como ajeno a todo. Una arruga lenta se extendía en su frente, sobre sus ojos apenas entornados, donde aguardaba una voluntad suprema».

Hay fuerza descriptiva, arrebató pasional, vida en noble y delicada ansiedad amorosa. El novelista se demuestra aquí como un hombre de rica sensibilidad erótica. Certero e intenso en sus atisbos de momentos tan culminantes en la vida como éstos. Y el que sabe hacer esto será, sin duda, capaz de dar, fuera de esta valiosa obra, una formidable novela a nuestra literatura.—L. D.